

Introducción

El tema de la violencia es connatural a la historia misma de América Latina y, por lo mismo, resulta inagotable en cualquiera de sus múltiples manifestaciones materiales y simbólicas, desde los orígenes coloniales hasta la actualidad. A nivel continental, la praxis y el discurso de la violencia pueden perseguirse desde la penetración y la depredación colonizadora con que América Latina es inscrita en el desarrollo cultural de Occidente hasta llegar a las más recientes y sutiles formas asumidas por la violencia de Estado, pasando por las instancias de imposición de modelos culturales y económicos que en las distintas épocas impactaron radicalmente las culturas criollas y vernáculas. América Latina ha sufrido así, históricamente, las consecuencias de una violencia fundacional, que la condena a una posición periférica con respecto a sistemas globales cuyos centros han difundido, en sus correspondientes áreas de influencia, la “racionalidad” de su propia reproducción cultural, política y económica. De esta manera, la trama social que resultara de la matriz colonialista registró desde el comienzo las huellas imborrables de la violencia que se manifestara tanto a nivel racial como económico, tanto en lo referido a las políticas del género como en lo relacionado con la distribución geocultural del poder, en todos sus niveles. Las “dolorosas repúblicas hispanoamericanas” de que hablara Martí se han debatido desde entonces contra las formas naturalizadas de la violencia de la exclusión y el autoritarismo, la miseria interna y la depredación imperialista, la penetración cultural y las intervenciones políticas, siempre amparadas en la retórica legitimadora que las clases dominantes esgrimieran en cada caso para perpetuar su poder.

Puede hablarse así, para el caso de América Latina, de la violencia colonialista, imperialista, o nacionalista, y de la violencia impuesta por los modelos de modernización; de la violencia que conlleva la creación y aplicación del sistema institucional y de las formas múltiples de violencia emancipadora y revolucionaria; de la violencia represiva y de las formas que se asocian con la estructura republicana, la implementación del liberalismo y la búsqueda o quiebres del consenso democrático. En todos los casos, asoma el problema central de la *legitimidad* y el derecho, como muros de contención que permitirían encaminar las especulaciones ético-filosóficas torno a la función de la violencia dentro de la dramaticidad histórica, y su interpretación como la condición humana que de Maquiavelo a Sade, de Hobbes a Sorel, define al individuo en sociedad.

En el conocido artículo titulado “Para una crítica de la violencia”, Walter Benjamin indicaba: “La tarea de una crítica de la violencia puede definirse como la

exposición de su relación con el derecho y con la justicia”, enfatizando la importancia de las repercusiones que todo acto de violencia tiene sobre la esfera de las relaciones morales. Preocupa a Benjamin, fundamentalmente, que la consolidación del poder, en sus formas institucionales y jurídicas, implica ya un acto de violencia, la que llama “violencia creadora de derecho”, o sea significa la implantación y reconocimiento de una violencia dominante, hegemónica, que se apoya en la coerción y la fuerza para imponer un orden, ya que “si decae la conciencia de la presencia latente de la violencia en una institución jurídica, ésta se debilita”. La violencia es entonces, en este nivel jurídico-filosófico señalado por Benjamin, inherente a la constitución misma del Estado y a la organización del orden social. Pero a esta forma de violencia que podríamos llamar “socializante”, que reprime para regular, se suman, a veces en proporciones descomunales, las perversiones que corrompen y subvierten las bases mismas de la sociedad civil, en sus múltiples niveles. Lo que queda por determinar –en un trabajo que no puede dejar de ser puntual, documentado, cuantificado, pero también y principalmente interpretativo y, en su mejor sentido, ampliamente *político*– son las vinculaciones entre ambos niveles: el institucional y el que recorre los estratos más oscuros y sumergidos de *lo social*, el de la cultura oficial y el de los micro-relatos que forman la intrahistoria nacional, sectorial, comunitaria.

El presente volumen, que compila trabajos que fueran presentados y discutidos en la *Segunda Conferencia Internacional de Estudios Culturales Latinoamericanos* llevada a cabo en la Universidad de Pittsburgh en marzo del año 2000, tiene como foco principal una articulación específica en torno al tema de la violencia contemporánea: la que analiza los cruces y formas específicas en que la violencia se manifiesta teniendo como escenario principal los centros urbanos de América Latina, y las modalidades a partir de las cuales el fenómeno de la violencia es recogido y re-presentado por los medios de comunicación de masas, tanto como por la cultura popular, el arte, la literatura y otras formas del discurso letrado y la “alta cultura”.

Algunos temas se repiten incansablemente a través de estos estudios: el del *miedo*, como denominador común que atraviesa las interacciones sociales, y el de la existencia de *subculturas* múltiples a través de las cuales se expresan las frustraciones y conflictos que aquejan a vastos sectores sociales: la cultura de los jóvenes, la de la droga, la de las pandillas, la de los marginados. Se repite, asimismo, la interpretación de la violencia como una de las más claras y perturbadoras *patologías identitarias* derivadas de sociedades excluyentes, jerárquicas, autoritarias, que expulsan de una ciudadanía “de primera clase” a los grupos que no transitan los canales del “orden”, el consumo, el progreso social, consagrados por el liberalismo desde la fundación de las repúblicas. En todos los casos, *la ciudad* es el escenario en el que se suceden, en una especie de *performance* interminable, “los rituales del caos”, de que hablara Carlos Monsiváis.

Las narrativas de la violencia dialogan con los discursos oficiales con un lenguaje *otro*: exasperado, desafiante, reivindicativo, siempre altamente simbólico, ambivalente, contradictorio. El mapa de las grandes ciudades latinoamericanas, que fueran fraguadas por las burguesías nacionales como el proscenio en el que se llevaría a cabo la puesta en escena del capitalismo liberal integrado, el nacionalismo y la democracia republicana, ha sufrido a través de las épocas innumerables cambios. La historia de las ciudades de América Latina puede leerse como un texto pautado por rupturas, quiebres y fraccionamientos constantes, y como el escenario de permanentes

transgresiones que revelan dinámicas ocultas pero poderosas, que el ojo complacido y doméstico de un *flâneur* no podría discernir más que como epifenómenos que perturban, a veces incisivamente, el paisaje ciudadano. La ciudad-puerto de Buenos Aires, que materializara en el momento de su diseño primero la utopía de una América europeizada, existente de espaldas a sus realidades demográficas, naturales e históricas, no puede ser leída sólo por la amplitud de sus bulevares parisinos, ni por la sucesión de sus escaparates, parques y monumentos conmemoratorios, sino como el teatro de una épica de movilizaciones y violencias históricas: la del populismo peronista, en todas sus numerosas inflexiones, la de la dictadura que lanzara a las grandes avenidas los tanques de guerra y las fuerzas del ejército nacional, la de las Madres de la Plaza de Mayo que levantan la foto en blanco y negro de los desaparecidos interpelando a un poder elusivo y anónimo. Ciudad de México será, para siempre, Tlatelolco, y las urbes colombianas no podrán nunca dejar de ser la cara descompuesta de *Rodrigo D*, los ojos y las manos extendidas de la *La vendedora de rosas* ni la despojada soledad –la propia, la ajena– a que nos enfrenta *La virgen de los sicarios*. La historia de Caracas no puede concebirse de espaldas a las montañas de Petare, desde donde baja al valle un sujeto social que está fuera de la ley no por su recurrencia al delito sino porque la ley lo dejó afuera desde las primeras constituciones nacionales y desde las primeras orgullosas formulaciones de lo que era o debía ser la disciplinada “cultura nacional”. El “caracazo”, el populismo a la *Chávez*, la violencia del hambre y la corrupción son inseparables de los logros de la “alta cultura” y de las imágenes de una “Venezuela suya” *for export*. La Habana no existe ya sino como el lugar de la utopía revolucionaria, y Quito no se puede evocar más que como el espacio en el que los indios se congregan para desafiar el lugar del poder. Santiago de Chile es el emblema que recuerda una de las heridas más profundas de la historia continental. Es, en este sentido, el testimonio vivo de un vacío –el de los desaparecidos, el de la justicia que llega tarde y mal, el de un modelo económico que profundiza el desamparo de demasiados y por el que se ha pagado un precio tremendamente alto. Brasilia, Río de Janeiro, São Paulo, son escenarios en los que una “sintaxis moderna” organiza la representación y “comprensión” del conflicto social como si se tratara de sujetos desmaterializados pero inevitablemente sometidos a una violencia que ya parece constitutiva, inescapable (Teixeira Coelho).

Real o re-presentada por el arte, la violencia latinoamericana forma parte de los imaginarios ciudadanos que evocan con triste ironía los bocetos que el sueño ilustrado propusiera como cartografía primera de la *comunidad imaginada*. En el primer apartado de *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*, titulado *La ciudad y sus demonios: distribución y formas de la violencia urbana*, Jesús Martín-Barbero nos habla de la fascinación pública con la violencia y del modo en que ésta ha pasado a integrar los procesos comunicacionales en los centros urbanos, erosionando profundamente las identidades individuales y colectivas. Los medios y los miedos se trastocan como movilizantes sociales, transfigurando las formas en que se vive el espacio público y privado, y las narrativas que dan cuenta de ellos. Los pioneros trabajos de Martín-Barbero, que han abierto una nueva ruta en la interpretación de la cultura latinoamericana, ayudan a entender, principalmente, la coexistencia de diversos imaginarios que se enfrentan cotidianamente en las interacciones urbanas, así como los procesos interpretativos que los medios de comunicación realizan en su procesamiento

de la información y las ideologías. Por esa misma ruta, Rossana Reguillo-Cruz nos interna por los vericuetos de la vida ciudadana, donde los individuos recorren los caminos de la violencia como forma de respuesta al caos nacional. La investigadora mexicana reconoce un uso político de la violencia, y sus múltiples articulaciones al poder en las variadas formas de socialización que se combinan en los centros urbanos. El miedo es así un ritual que une y fragmenta, que divide y, paradójicamente, cohesiona a los individuos en la ceremonia de resistencias grupales erráticas y discontinuas. La figura de la víctima y el guerrero sustituyen, finalmente, a la del ciudadano, dibujando los trazos de la cartografía social que decompone los imaginarios y utopías de la modernidad. Para Martín Hopenhayn, droga y violencia son los “fantasmas de la nueva metrópolis latinoamericana”. Como indica el sociólogo chileno, la brecha existente entre el consumo de imágenes y el consumo –menor– de bienes materiales contribuye a la creación de un desarraigo existencial que asigna a la droga un valor compensatorio indudable. Sin embargo, la “resonancia simbólica” de la droga es mucho mayor que su incidencia real. Y es justamente esta repercusión la que denuncia la existencia de grandes carencias sociales que conducen al sobredimensionamiento del placer y a la búsqueda de gratificaciones inmediatas. Al mismo tiempo, la droga, manipulada desde los discursos del poder, abre el espacio para la creación de estados de excepción destinados a proteger de todo aquello que amenaza los valores y proyectos de la modernidad. En el caso del Brasil, José Teixeira Coelho examina las cambiantes relaciones entre imaginación y capital cultural en un mundo saturado por la violencia. Para Teixeira Coelho, la violencia es una forma exacerbada de poder, que los medios de comunicación reproducen en una función que contradice lo que los medios prometen a la ciudadanía. Los medios confirman el espacio urbano como el escenario de la violencia y “educan” al individuo en la naturalización de ésta y en el camuflaje del conflicto social. En todos los artículos mencionados, la modernidad es el horizonte de expectativas contra el cual se recortan las prácticas sociales y los imaginarios nacionales a nivel continental. Las desviaciones del modelo amenazan sistemas de control, intereses y alianzas, y por lo mismo dejan al descubierto las fracturas mismas de la base social en que se fundan. Pero al mismo tiempo esas desviaciones son manipuladas por el poder político, como una forma de mantener el control material y simbólico en formaciones sociales aquejadas por fracturas estructurales muy profundas, cuya historia se confunde con la del desarrollo cultural, político y económico, desde sus orígenes.

El segundo apartado del volumen, titulado *Imaginarios urbanos, identidades, ciudadanías*, reúne cuatro trabajos que leen el texto –social, literario– como una crónica de la violencia urbana, en la que los actores se interrelacionan en un *performance* en el que género, clase y raza constituyen instancias de poder o subordinación que modifican el ordenamiento social y las formas que asume la subjetividad colectiva. Mary Louise Pratt, siguiendo a Carol Pateman, articula las nociones de contrato social y contrato sexual, para indicar cómo las sociedades existen en un doble registro conflictivo donde la cuestión genérica se plantea en términos de agencia (masculina), colocando a la víctima –a su cuerpo real y simbólico– en una posición de subalternidad. En novelas contemporáneas (de Ricardo Piglia, Mayra Montero y Fernando Vallejo) Pratt comprueba la crisis de ambos contratos, presentada a través de planteamientos a la vez alegóricos y fuertemente referenciales de

problemáticas actuales en la sociedad latinoamericana. Alicia Ortega enfoca la fragmentación ciudadana y la nostalgia por el centro urbano concebido como un espacio concentrado y cohesionado en torno al “centro histórico”. También en su caso la literatura representa los rituales de esa fragmentación, dejando al descubierto una ciudad secreta recorrida siempre por la melancolía y la búsqueda. En el caso de la narrativa chilena, Juan Poblete analiza también los ocultamientos, repliegues y perversiones de una urbe que insospechadamente subyace al triunfalismo del consumo neoliberal en la posdictadura. Los rituales del margen, iluminados por la prosa neobarroca de Pedro Lemebel, muestran una forma alternativa y por cierto desafiante de circulación material y simbólica, creando una inflexión grotesca en la lógica de mercado y en el discurso oficial. Domingo Miliani se interna en dos novelas que marcan los finales del siglo XIX y del siglo XX en Venezuela, registrando la violencia ciudadana con una contra-estética apropiada para el relato del quiebre de las utopías, en contextos históricos distintos, que el análisis de Miliani coloca en contrapunto. De esta manera, los textos literarios funcionan, en todos los casos señalados, como la arena en la que se dirimen conflictos sociales que estas narrativas exponen como la exhibición de una herida social pero también como la denuncia de una culpa política.

La memoria escindida: quiebres y relatos es el apartado que se ocupa de revisar aspectos que componen el aparato conceptual de la modernidad, en los puntos en que éste afecta la constitución de identidades colectivas y las lecturas del pasado. Como Ticio Escobar indica en sus referencias al arte visual en Paraguay, superadas las restricciones esencialistas con que ciertas formas del arte moderno revisitan el discurso oficial, la función fundamental del arte sería justamente la de convertirse en agencia de la memoria colectiva, negociando la referencia, a veces excesivamente abrumadora, al pasado histórico, con la necesidad de evitar el olvido. En el mismo sentido, Nelly Richard sitúa el drama social del Chile de la posdictadura dentro de las tramas sociales en las que olvido y justicia, memoria y negociación política, se dan cita conflictivamente. En su análisis del discurso fotográfico, la imagen es evocación y testimonio de una violencia que no encuentra su lugar de equilibrio ni su mitigación en los discursos del pacto redemocratizador. La memoria es *undesideratum* y una práctica destinada a fijar el trauma histórico de la desaparición y la tortura dentro de las narrativas de la recomposición nacional, a través de una estética innovadora, que asimila lo fragmentado, marginal o incluso sustraído de la escena colectiva, como parte de un imaginario de fuerte tono político y reivindicativo. En “Desafiar a Walter Benjamin desde América Latina”, Hermann Herlinghaus vuelve sobre el filósofo alemán proponiendo una historización del pensamiento crítico que permita formalizar alternativas ante la melancolía y el nomadismo intelectual. Herlinghaus se refiere a narrativas que ayudan a “establecer comunidad”, donde “la memoria viva (e.g. narrativa) es la fuente más importante de experiencias”. En América Latina aparecen cronistas, testimonios, escrituras femeninas “pos-identitarias”, canciones populares, telenovelas, que permiten un desplazamiento de la mirada, desde los relatos de la “alta cultura” a las peripecias “menores” y los micro-relatos que señalan una historicidad *otra*, que requiere nuevas estrategias de lectura crítica y de teorización.

Finalmente, en *Ciudad y violencia: modelo para armar*, tres contribuciones ayudan a reconceptualizar los mapas quebrados de las urbes latinoamericanas. Beatriz Sarlo reflexiona sobre el caso argentino, y sobre la existencia de un imaginario que ha

interiorizado el miedo como constante y como metáfora de la situación nacional. El debilitamiento de la misma noción de *pertenencia* a la sociedad muestra un resquebrajamiento del pacto social y una conciencia de la incapacidad del Estado para garantizar la seguridad de los ciudadanos. En una trama en la que se cruzan deterioro económico, vaciamiento de las instituciones, aumento de la delincuencia y sentimiento difuso pero generalizado de inseguridad personal, los medios de comunicación masiva se convierten en tribunales de justicia pública, desde los que se procesa la experiencia de acuerdo con intereses, retóricas y estrategias de control social reforzando, premeditadamente o no, la estructura de poder. Por encima de estadísticas y programas sociales, el imaginario colectivo registra los quiebres del programa de la modernidad centrado en la función rectora y protectora del Estado, sin que se vislumbren salidas que puedan contarrestar la percepción colectiva. Walter Melo Miranda analiza representaciones artísticas brasileñas en las que se busca minar el discurso monumentalizador de la ciudad. A través de la fotografía y el discurso narrativo, resurge el tema de la memoria como subversión del discurso oficial y como representación de discontinuidades sociales. En estas escenas urbanas, la violencia es la forma a través de la cual se expone la ruptura del orden social, y las perversiones de su lógica reguladora. Cerrando el volumen, Carlos Jáuregui recopila impresiones y opiniones del director de cine colombiano Víctor Gaviria, que presentara en Pittsburgh, como cierre de la conferencia internacional, su película *La vendedora de rosas*. Como ejemplo no sólo de la vigencia dramática del tema de la violencia en la sociedad colombiana, sino de una de las más efectivas formas que asume su representación estética, la película de Gaviria permitió anudar elaboraciones crítico-teóricas y praxis artística en la presencia concreta de la voz y la imagen cinematográficas. Jáuregui explora la noción de realismo que atraviesa la obra de Gaviria, y las imposiciones que conlleva el uso de “actores naturales”, así como las interrelaciones entre discurso fílmico y literatura, violencia ficticia y condiciones sociales, ética y representación.

En resumen, los textos aquí reunidos constituyen no solamente un diálogo intenso y desafiante entre intelectuales de primer orden, sino también un intercambio fecundo de la academia con los artistas y los escritores, del discurso teórico con las sociedades a las que éste es aplicado, y con los actores e intérpretes a los que directa o indirectamente interpela. Es justamente este carácter de interpelación, de cuestionamiento y de duda ante los parámetros disciplinarios e ideológicos establecidos, lo que vale la pena rescatar, entre tantas otras cosas, en los escritos aquí reunidos.

Esta introducción y este volumen no deberían cerrarse sin una mención especial y entrañable a nuestra colega y amiga Susana Rotker, que nos acompañara durante la conferencia de Pittsburgh, y que falleciera trágicamente meses después de nuestro encuentro. En los días previos al accidente que le quitara la vida, Susana preparaba la contribución para este libro, que registra dolorosamente su ausencia. Pocos días después de su desaparición vería la luz *Ciudadanías del miedo*, volumen que tanto agrega al tema que nos ocupa en esta ocasión. La cuidada selección y edición de Susana Rotker, así como la introducción y artículo que dedicara en ese libro al caso venezolano, son una inspiración para todos nosotros y un testimonio más de su capacidad y compromiso intelectual y humano. A ella se dedica este libro, que también le pertenece.

Introducción

Para terminar, agradezco calurosamente la participación de todos los colegas que nos acompañaron en la conferencia de Pittsburgh y en el presente proyecto editorial. Agradezco también a mis colaboradores del Departamento de Lenguas y Literaturas Hispánicas de la Universidad de Pittsburgh y del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana por su fundamental contribución para que la conferencia y la publicación de los trabajos allí presentados se hiciera posible. Mi especial reconocimiento a Carlos Jáuregui por su dedicada y cuidadosa asistencia en la coordinación de la conferencia internacional, que debe a él gran parte de su éxito.

MABEL MORAÑA